



XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

FALANGISTAS EN LA OPOSICIÓN

GUSTAVO MORALES
Periodista

La cólera no nos permite saber lo que hacemos y menos aún lo que decimos

Arthur Schonpenhauer

I.- INTRODUCCIÓN

La primigenia FE de las JONS, en las últimas elecciones republicanas, era un partido extraparlamentario. Mercedes Formica aclara sobre la militancia a principios de 1936: «Los seguidores de José Antonio éramos poquísimos, quizás unos dos mil en toda España y tal vez no llegarán a ese número» (García de Quinón 2006: 1353). Otras fuentes elevan esta cifra hasta 25.000 ya en la primavera de 1936, tras las elecciones donde el Frente Popular ocupa del poder (Imatz 2006: 35). Los 45.000 votos obtenidos por Falange en las elecciones de febrero de 1936 son el techo y, de coincidir la cifra con la mitad de la militancia, diría poco de su capacidad de convicción.

El general Franco cogió esa Falange extraparlamentaria, descabezada por el gobierno frente populista primero y por la Guerra Civil después, y la convirtió en el Movimiento, un partido único, millonario en afiliados y servicios que hizo sentir su presencia en toda España durante cuatro décadas. La organización minúscula se hizo mito para el nuevo Estado, consignas de movilización y banderín de enganche. Jamás aplicó su programa máximo pero no es admisible desligar las responsabilidades azules del régimen anterior. En su justa medida. No es el objeto de este trabajo. Los falangistas no eran los protagonistas principales del nuevo Estado surgido el 18 de julio de 1936 pero tampoco eran ajenos al mismo. Falange Española, que en 1936 no consiguió representación electoral, en poco tiempo se convierte en la estética y el lenguaje del Gobierno nacional. Gracias a ese poder delegado, que les fue prohibido en otras áreas, algunos falangistas experimentaron socialmente en vivienda, seguros sociales, sanidad, sindicatos, trabajo, magistraturas, mujer y juventudes. «La Falange de izquierdas fue relegada políticamente. Puestos de experimentación, que Franco había encomendado a la Falange, después de la Guerra Civil española fueron suprimidos» (Ruhl 1986: 174). Falange dejó de ser, para casi todos, una revolución pendiente.



XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

A cambio de esa realidad que mejoró la vida de trabajadores españoles, Falange perdió el futuro.

«El franquismo se apropió de su figura [la de José Antonio] con avidez, necesitado como estaba de referentes atractivos y de justificaciones doctrinales» (Gil Pecharroman 1996: 525). Gracias a esta apropiación, en la óptica de «no hay mal que por bien no venga» el minoritario falangismo fue universalmente conocido porque Franco alentó que esas ideas y su imaginación se difundieran entre los jóvenes españoles a los que necesitaba motivados y en los frentes. Nuestros compatriotas posteriores conocieron a José Antonio, antes a secas, y al falangismo a través del sistema educativo público: colegios y medios de comunicación. «Falange no era lo que se nos hacía creer, sino una sombra. Que no teníamos poder real» (García de Guzmán 2006: 1362). La hermana de José Antonio destaca: «En conciencia no puedo seguir colaborando en esto que estamos haciendo creer a la gente que es la Falange, pero que en realidad no lo es» (Togores Sánchez 2007: 237).

Todo análisis del régimen de Franco de 1937 a 1959 revelará que se había edificado de un modo que se correspondía más de cerca con las ideas y doctrinas de Calvo Sotelo y del grupo de Acción Española que con las de Falange (Payne 1997: 231). En realidad, Franco sobre los falangistas opinaba, como dijo a su médico, que eran unos enulos. Además, José Antonio Primo de Rivera le había fastidiado la candidatura por Cuenca de 1936 (Gil Pecharroman, 1996: 455). El pensamiento de Franco estaba más cerca del tradicionalismo católico y monárquico español, «por sus frutos los conoceréis», que del sindicalismo revolucionario falangista. Franco no leía a Sorel.

Franco había aprendido de los siete años de la Dictadura del general Primo de Rivera que hacía falta algo más que un gobierno autoritario para permanecer. Escogió la escenografía y dialéctica falangista con que vistió al nuevo Estado, le dio una mística y aires de revolución rechazando el cartel estereotipo republicano que resumía grotescamente a los rebeldes con un cura con barriga, un rico con chistera y un general con medallas.

II.- LA UNIFICACIÓN DE FALANGE Y LA DIVISIÓN DE LOS FALANGISTAS

No distinguiremos entre camisas viejas o nuevas sino entre camisas limpias y sucias.

Manuel Hedilla

El crecimiento del partido azul, las necesidades del frente y las tareas de retaguardia plantearon nuevos problemas a la Falange. De forma especial, cuando la mayor parte de sus cuadros dirigentes han sido asesinados al principio de la guerra. FE de las JONS encuadraba en el invierno de 1936 a un aluvión de hombres, que no la habían votado en febrero de 1936. Procedían de juventudes de derecha, independientes o izquierdistas que



XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

encontraban mejor acomodo en las filas azules que bajo la boina roja. Algunos llegaron del socialismo y del sindicalismo. Fue tan grande el aporte de estos últimos que la Falange se convirtió en el *refugium peccatorum* de tantos que tenían cuentas que saldar con el régimen triunfante (Real de Azua 1943: 62).

En septiembre de 1936, los consejeros nacionales falangistas presentes en la zona nacional confiaron la dirección del partido a una Junta de Mando provisional, compuesta por siete miembros. Manuel Hedilla Larrey fue nombrado jefe de esa Junta de Mando; «nadie temía su ambición y era apreciado por su valor personal y su honradez». Según Payne añade, «la camarilla de Aznar –quien, como Jefe de milicias, era el único mando de rango nacional del partido que quedaba–, y los dirigentes del sur consideraban a Hedilla como un buen secretario ejecutivo, pero suponían que su falta de preparación intelectual no le permitiría desempeñar efectivamente la Jefatura del partido. Por tanto, la designación de Hedilla fue aprobada unánimemente». El nuevo líder era consejero nacional y había sido el artífice de la coordinación del alzamiento en Galicia.

Hedilla demostró capacidad de organización. Trabajó a destajo. En los albores de 1937, Falange encuadraba a medio millón de españoles, entre voluntarios en los frentes y servicios de retaguardia. La pequeña organización de febrero de 1936 se convirtió en un gran partido. La CONS, la Delegación de Prensa y Propaganda, Auxilio Social y la Sección Femenina realizan labores sociales y culturales en la retaguardia. Sus militantes actuaban dentro del Madrid gubernamental en la Quinta Columna. Las camisas y monos azules se veían por doquier y las fábricas textiles las produjeron por docenas de miles. En octubre de 1936 la cúpula falangista libre se instala en Salamanca.

El curso de la guerra exigía un mando político-militar central. Eligieron a Franco «un hombre al que [algunos significados camisas viejas] consideraban como el principal enemigo de la Falange» (Payne 1965). Si en el orden interior se instalaba en la cúpula del poder político un militar ajeno, en el ámbito exterior las cosas pintaban mejor para los falangistas. A cambio, «Manuel Hedilla gozaba de la simpatía del entonces embajador alemán Faupel y de los representantes del Ministerio de Propaganda en su rebelión contra Franco» (Ruhl 1986: 69). «“Antes de la Guerra Civil española, no existían estrechas relaciones entre el Partido Nacional Socialista y la Falange. El ideal de José Antonio Primo de Rivera era más bien el fascismo italiano [...]. Después de estallar la Guerra Civil y de tener lugar la confrontación interna dentro de la Falange, cuando el Partido Nacional Socialista logró estrechar más los contactos [...] intentaron en vano reforzar con su adhesión la actitud de los viejos falangistas rebeldes [...] ala izquierda que simpatizaba con los nacionalsocialistas» (Ruhl 1986: 57). Hitler dedicó a Hedilla una edición especial de *Mein Kampf* tras el saludo que le envió el jefe de la Junta de Mando de FE de las JONS: «elevando hasta su *Führer* heroico y genial, el testimonio de admiración y solidaridad [...] ¡Heil Hitler!» (Jerez Riesco 1999: 46).



XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

La unificación política se palpaba. «El 6 de enero de 1937, Hedilla concede unas declaraciones al diario pamplonés *Arriba España* en la que reconoce ya como innegable la tendencia a una unificación política, si bien avisa al mismo tiempo de que ello debe hacerse a través de la Falange, asimilando la Falange “aquellos puntos del tradicionalismo que sean compatibles con las necesidades del momento”» (Argaya Roca).

Payne escribe que a principios de 1937 los dirigentes falangistas ya aparecían divididos en tres tendencias. «La primera y la más importante la constituía el grupo formado en torno a Hedilla, que demostró mayor decisión de la que suponían sus compañeros. Sin embargo, cuando se decidió a restablecer la disciplina en el partido, la oposición aumentó». Payne cree que «Hedilla estaba comprometido por su estrecha vinculación con una serie de intelectuales y periodistas recién ingresados en la Falange y más o menos influidos por el nazismo». Fue el caso de José Antonio Serrallach Julià, un químico formado en Alemania que era «muy cercano a Hedilla en tanto que secretario particular [...] y mantenía estrechas relaciones con la embajada alemana» (Thomàs 1999: 167). La segunda tendencia azul la componían los «legitimistas de la Falange», en un sentido formalista. Agustín Aznar fue la cabeza visible de esta tendencia en Salamanca, junto con Garcerán y Sancho Dávila. Eran próximos, por trato o parentela, con José Antonio y en ello pretendían basar su legitimidad. La tercera facción en la Falange la formaba la extrema derecha, los recién llegados: antiguos conservadores, monárquicos y tecnócratas pseudo-fascistas, partidarios de un corporativismo conservador, oportunistas en suma. La existencia de estas tres facciones dividió a la Falange, en el período en que se definía la estructura política de la España nacionalista. Los azules quedaron relegados por el Ejército y la Iglesia.

Hedilla apostó por entablar una inteligencia con la Comunión Tradicionalista que asegure el predominio falangista ante el inevitable golpe de mano unificador. «Dávila por ejemplo, navegando en solitario entre dos aguas, hace tiempo que viene realizando algunas gestiones particulares para favorecer un entendimiento de la Falange con la Comunión Tradicionalista, pero rechaza otorgar a Hedilla la autoridad que reclama» (Argaya Roca).

En febrero del 37 Hedilla envió a Pedro Gamero del Castillo y José Luís Escario para entrevistarse con jefes tradicionalistas favorables al acercamiento entre las dos formaciones. Al grupo se sumó Sancho Dávila sin conocimiento del jefe de la Junta de Mando, contra quien se iba a sublevar dos meses más tarde. «Los movimientos falangistas en el entorno del tradicionalismo –desarrollados al margen de la autoridad del general– comienzan a ser algo más que buenas intenciones» (Argaya Roca).

Sí hubo roces constantes entre el mando falangista y del Estado, entre azules y caquis. En febrero del 37 Hedilla ordenó a los servicios de Prensa que se distribuyera y radiase el discurso radical que pronunció José Antonio en el cine Europa el 2 de febrero de 1936.



XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

Dadas las fuertes críticas a la derecha vertidas en aquella intervención joseantoniana, las autoridades militares alzadas no veían oportuno recordarlas cuando su figura estaba siendo representada por doquier.

Vicente Gay, jefe de Prensa del Cuartel General del Generalísimo, ordenó a los Gobiernos Civiles que detuvieran la difusión del tajante texto de Primo de Rivera. En Burgos, el jefe provincial, el ingeniero José Andino, desobedeció la orden de Gay. Mandó imprimir 25.000 ejemplares del discurso, y cuando fueron retirados por la autoridad militar, difundió esas palabras de José Antonio por Radio Castilla. El texto escandalizó a los partidos de derecha y a muchos militares. Los falangistas parecían «los rojos de los nacionales». Andino fue apresado y encerrado en los calabozos del Cuartel de Caballería. Los falangistas gallegos quisieron liberarle a tiros si era preciso. Hedilla los disuadió y obtuvo la liberación de Andino aprovechando la euforia de los militares con motivo de la toma de Málaga.

«En la primera quincena de abril de 1937, ante los rumores que recorrían la zona nacional en torno a una posible unificación decretada por Franco, Angel Alcázar de Velasco, militante de primera hora, le propuso a Manuel Hedilla, jefe de la Junta de Mando de FE de las JONS, acabar con el Caudillo» (Alcázar de Velasco). Hedilla rechazó el plan.

Papel esencial en la creación del nuevo partido FET y de las JONS lo tuvo Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco. Serrano llegó a Salamanca el 20 de febrero de 1937. Había sido diputado de la CEDA en las elecciones de 1933 y 1936. Para Payne «era tal vez la única persona del Cuartel General rebelde que sabía lo que quería: establecer sobre bases jurídicas un nuevo Estado, esencialmente autoritario, capaz de impedir el retorno a los excesos democráticos que habían costado la vida a sus hermanos», José y Fernando. Serrano Suñer, el constructor del partido unificado, era alguien con quien no habían contado los camisas viejas.

Como jefe de la Junta falangista Hedilla buscaba acrecentar el poder de Falange en el bando nacional. Aconsejado por Víctor de la Serna, hijo de Concha Espina, el jefe azul permitió la inserción de un artículo escrito por aquel que se titulaba «Hedilla, 120 por hora». El 17 de enero de 1937, De la Serna lo publicó en *El Adelanto* de Segovia. De la Serna le preguntaba sobre el Fundador al jefe de la Junta de Mando mientras éste conducía. Al final del artículo el autor se manifestaba por la sucesión definitiva en la Jefatura Nacional de Manuel Hedilla: «Yo le he visto jugar como un chico con los muchachos de la escolta, obreros como él. Y le he visto también cruzar salones imponentes, con un aire sencillo, pero mayestático, de César campesino, de gran conductor de pueblos... Obrero de España, hidalgo artesano, maquinista de barco, adalid por la gracia de Dios del Movimiento, de la Falange [...] Viéndole, oyéndole, contemplando su único minuto de melancolía, que es cuando piensa en el Ausente, uno dice íntimamente, con un convencimiento biológico: “¡Este es, éste es!”». También realiza una entrevista Pedro de León a Hedilla en la edición sevillana de *FE*: «Manuel



XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

Hedilla, el jefe de nuestra Junta de Mando provisional es poco conocido por las gentes del Sur [...]. Mientras falte nuestro César, la Falange tiene un “Inter-Rex”, de mente clara y músculos tensos». Hedilla decía a De León que aceptó la Jefatura de Falange a título interino y «por lo que se aceptan todas estas cosas, por disciplina». Ante la pregunta de cuál era la esperanza de los falangistas, se mostraba rotundo: «El regreso del Jefe. Con él entre nosotros, Falange Española será el ejemplo del mundo» (*FE*, 7 de abril de 1937). Desde el 21 de noviembre de 1936 la mayor parte de los responsables políticos sabía del fusilamiento del joven Primo de Rivera. «La decisión de ocultar la muerte de José Antonio correspondió, en último término, a Manuel Hedilla» (De Diego 1991: 25).

El delegado nacional de Prensa, José Antonio Giménez-Arnau, testimonia que Franco, al conocer el texto del artículo sobre Hedilla espetó a sus colaboradores: «A ver si aprenden ustedes cómo se hace propaganda de un jefe» (*El Rastro de la Historia* nº 6).

La Junta de Mandos sanciona a Víctor de la Serna por el artículo acusándolo de culto a la personalidad. Muchos falangistas ya sabían que Primo de Rivera había sido asesinado. Para dar a la Falange una voz única y fuerte, buscaron consolidar la figura de Hedilla. Todo era provisional hasta el imposible regreso de Primo de Rivera. Su muerte la comunicó Raimundo Fernández-Cuesta, el 18 de julio de 1938, en Valladolid: «nuestro José Antonio forma en los luceros con su vieja guardia. José Antonio se nos fue para siempre. Pero su recuerdo vivirá para siempre en nuestros corazones como vive en el corazón y en la mente del Caudillo». En esos dos años se generó el mito del Ausente y se evitó que una organización de poder creciente como era Falange tuviera una voz consolidada.

Un año antes, el 30 de marzo de 1937 la Junta de Mandos decide por mayoría –aunque con la oposición del propio Hedilla– remitir a Franco una carta exigiendo la entrega a Falange de «la tarea política de gobernación del país, salvo en los departamentos de Guerra y Marina». La carta fue recibida con mohines de disgusto (Argaya Roca). Franco no podía prescindir de la vertebración política que realizaban los falangistas en los territorios liberados ni de sus combatientes en los frentes. También le era útil el sesgo social y justiciero de la propaganda falangista, que evitaba durante la guerra la imagen de una asonada de la derecha en un país con grandes masas campesinas y obreras. Pero no estaba dispuesto a compartir el poder con los falangistas.

El 11 de abril, Hedilla visitó el frente norte. En San Sebastián se reunió con José María Areilza, próximo al pretendiente carlista, y Vicente Cadenas. Hedilla, «preocupado por la oposición de sus adversarios en la Junta provisional –previendo quizá acontecimientos dramáticos–, el 12 de abril se reúne en Elgoibar (Guipúzcoa) con el coronel Sagardía, que le permite retirar del frente y trasladar a Salamanca a algunos incondicionales, entre ellos José María Alonso Goya, un joven jefe santanderino de milicias y consejero del SEU. Luego se desplaza a Burgos y a Zamora en busca de otros apoyos. El 14 de abril, regresa



XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

a Salamanca y se entrevista con Sangróniz, representante del Cuartel General de Franco, con quien al parecer determina la posibilidad de una Unificación en la que, efectivamente, Franco quedaría en funciones de Generalísimo mientras el jefe nacional de la Falange pasaría a responsabilizarse de las tareas políticas del Estado nuevo» (Argaya Roca). La cuestión era saber cuáles iban a ser esas tareas políticas, todas, como querían los falangistas o algunas que decidiese Franco como definitivamente fue. Ese mismo día, se entrevistaron Franco y el embajador del *Reich* Von Faupel. En su informe a Berlín el diplomático atribuye al caudillo español estas palabras: «Hedilla no está de ningún modo a la altura exigible a un jefe de Falange, rodeado de un enjambre de gentes ambiciosas, que le dirigen, en vez de influirlas y dirigirlas él» (*Diccionario de Falange*).

Dos días antes, Franco convocó a Rodezno y otros carlistas para notificarles la unificación; éstos llevaron la noticia a Navarra, donde el 14 de abril se reunió la asamblea regional carlista. Al día siguiente, Hedilla convocó al Consejo Nacional de Falange para el 25 de ese mismo mes, un único asunto en el orden del día: acabar con la interinidad en la dirección del movimiento disolviendo la Junta y nombrando un jefe nacional. Eso es lo que temían los conjurados: Hedilla convertido en Jefe Nacional con el apoyo del Ejército. Decidieron desplazarle del puesto. Cuando Hedilla manifestó su propósito de convocar al Consejo Nacional los disidentes se le adelantaron aprovechando una reunión por sorpresa. Durante la noche del 15 al 16, Agustín Aznar reunió en su Cuartel General de Salamanca un nutrido contingente de falangistas afectos, entre ellos algunos procedentes de Valladolid a las órdenes de Girón y de González Vicén (Argaya Roca). Dávila, Muro, Moreno, Aznar y Garcerán redactaron un minucioso pliego de cargos contra el jefe de la Junta de Mando. Irrumpieron en su despacho y en presencia de José Sainz, leyeron a Hedilla los cargos acusándole de analfabetismo, entre otras cosas. Los levantiscos anunciaron que constituían un triunvirato formado por Aznar, Dávila y Jesús Muro, pero éste último rechazó el cargo. Ratificaban a Moreno como administrador y nombraban a Garcerán secretario general.

Hedilla desoyó la imposición y mantuvo la convocatoria del Consejo apoyado en el despacho por el toledano Sáinz. Los triunviros ocuparon la sede de mando con falangistas vallisoletanos mandados por Girón de Velasco y González Vicen. Los sediciosos acudieron a la radio para difundir la disolución de la Junta de Mando y la creación del triunvirato. El nuevo triunviro José Moreno, que sustituyó a Muro, convocó a Vicente Cadenas, jefe de Prensa y Propaganda del partido falangista, para difundir una nota. Cadenas se negó.

Hedilla fue directamente al cuartel general de Franco y le contó lo sucedido al teniente coronel Barroso quien le ofreció asilo pero no tropas para recuperar sus locales. Hedilla supo que sólo contaba con sus medios. Esa tarde ordenó a Ramón Laporta, jefe provincial de Salamanca, y al jefe de Milicias, Manuel Gil, que los mil falangistas de la ciudad ocupasen el edificio de la Junta de Mando. Martín Almagro pidió a Alcázar de



XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

Velasco, Serrallach y Alonso Goya que marcharan a la academia de oficiales en Pedro Llen para hacerse con armas y hombres. Haartman, el director del centro docente, les cedió los cadetes falangistas de la Centuria Catalana. Entre ellos estaban Luís de Caralt, Bofill, Serdá, Geis y Sobregon. Estos hombres recuperaron en poco tiempo los locales. Por su lado, Sáinz convocó a los falangistas de Toledo. Entre los que acudieron había veteranos del Alcázar de Toledo. También bajaron falangistas de Santander sobre la ciudad en apoyo al mando de su paisano Hedilla¹.

Parte de la Centuria Catalana montó la guardia en casa de Hedilla. Laporta fracasó en su mediación con los disidentes. A primera hora de la noche llegaron desde Burgos más falangistas armados. A las diez de la noche el jefe de Estado Mayor del Gobierno Militar llamó inquieto a Laporta; le advierte que uno y otro bando falangista preparaban un golpe de fuerza. La ciudad puede verse bañada en sangre. A ello se añadían las posibles consecuencias en los frentes donde había banderas falangistas combatiendo. Hedilla estuvo en contacto permanente con el Cuartel General de Franco entre las diez y once de la noche.

A medianoche, Alonso Goya, partidario de Hedilla pero amigo de Dávila, quiso tratar de arreglar las cosas. Acompañado de López Puerta y otros tres falangistas armados, se dirigió a casa de Dávila. Goya dejó atrás a sus acompañantes y entró solo en la habitación de Dávila, donde también estaba su guardaespaldas, Manuel Peral. Goya pidió a Dávila que se entrevistara con Hedilla. Fuera del cuarto los ánimos se calentaban entre partidarios de unos y otros. Un hombre de Dávila arrojó una granada a los amigos de Goya que le esperaban en el exterior. Al oír la explosión, Dávila o Peral dispararon una sola vez a Goya en la nuca. Los tres camaradas de Goya asaltaron la casa, desarmando a Dávila y a cuatro de su escolta. Goya yacía muerto y Peral estaba herido letalmente. Atraídos por la explosión y el tiroteo acudieron guardias civiles, los detuvieron a todos. A Sancho Dávila le requisaron una lista negra con 47 nombres de falangistas para eliminar.

Otro grupo de falangistas que había ido a ver a Rafael Garcerán fue recibido a tiros en cuanto invocaron la legitimidad de Hedilla. Los atacados contestaron. La noche de Salamanca se tachonó de azul y rojo. «Una vaga astronomía de pistolas inconcretas»². El capitán Cano informó a Franco quien ordenó los arrestos de falangistas. Estos desórdenes en la retaguardia acabaron por desacreditar a la Falange ante el Ejército, que no admitía el protagonismo azul en el Estado campamental. «La Falange, en cuanto a jerarcas y aparato del Estado, se había convertido en un rival del Ejército» (Núñez 2006). El incidente demostraba a los ojos de Franco que los falangistas nunca se podrían de acuerdo, no podía contar con ellos.

¹ El autor ha estado en locales falangistas de pueblos cántabros donde conviven juntos en la pared los retratos de Francisco Franco y Manuel Hedilla.

² GARCÍA LORCA, FEDERICO: *Romancero gitano*.



XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

Para evitar la imagen de desunión, el 18 y 19 de abril se reunió convocado de urgencia el Consejo Nacional de FE de las JONS. Hedilla necesitaba reafirmar su poder en el partido y acabar con la disidencia y la interinidad; propuso una votación para Jefe Nacional. Los consejeros nacionales votaron primero sobre la oportunidad de realizar esa votación. Doce se manifestaron a favor de hacer la votación ya, como Gaceo, Yllera, Bravo, Andino, Sáinz, Cadenas; y diez en contra, entre ellos Suevos, Tuñón, Aznar, Acosta y Nieto. Se realizó la elección de jefe nacional. El resultado fue de diez votos a favor de Hedilla, ocho en blanco y otros cuatro dispersos entre Sáinz, Andino, Muro y Arenado. El cargo quedó condicionado al regreso de José Antonio, que había sido fusilado hacía meses como ya sabían los consejeros, o de Raimundo Fernández-Cuesta, preso más de año y medio en cárceles gubernamentales. Hedilla manifestó que «si no llegamos a un acuerdo con el General [Franco], tenemos que reunirnos y trazar una actitud clandestina y firme con arreglo al ambiente de Falange Española y esperar mejor ocasión» (Thomàs 1999: 207). En busca de ese acuerdo, el nuevo jefe nacional se entrevistó con el Generalísimo para comunicarle el resultado de la elección falangista y se puso a su disposición. El Caudillo contestó: «Está muy bien, es lo que yo esperaba», y fue cordial con el jefe Hedilla.

A las ocho de la tarde del 19 de abril, Hedilla recibió un sobre del Cuartel General con un discurso y el decreto que iba a promulgar Franco esa noche. El 20 de abril el Boletín Oficial del Estado publicaba el Decreto nº 255, llamado de Unificación. Fue elaborado por Ramón Serrano Suñer, redactado por Giménez Caballero y se consultó a varios generales. Unía en una sola fuerza nueva a las organizaciones y partidos alzados el 18 de julio de 1936. El flamante partido añadía la palabra Tradicionalista al ya largo nombre de Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista. El uniforme sería la camisa azul y la boina roja. En la junta política unificada, tras Franco se incluía como segundo a Manuel Hedilla, con vocales como los falangistas Joaquín Miranda, sustituto de Dávila en la Jefatura de Andalucía; Ernesto Giménez Caballero, que acababa de recibir el Premio Internacional del Fascismo; dos camisas viejas militares¹, el capitán López Bassa y el teniente coronel de Estado Mayor Gazapo; los carlistas Tomás Domínguez, conde de Rodezno; Tomás Dozl de Espejo, conde de la Florida; el ex diputado Mazón y el representante carlista y comisario de guerra en Logroño Luis Arellano; también entraba el neofalangista Pedro González-Bueno. A Hedilla le ofrecieron la Secretaría General, que suponía presidir la Junta Política en ausencia del Caudillo.

Hedilla pidió audiencia a Franco, le recibió de inmediato. Protestó por la composición del Secretariado y la desaparición de FE de las JONS. Propuso recomponer la Junta incluyendo a más camisas viejas en lugar de algunos de los nombrados. El jefe de Falange expuso que todo el mundo interpretaba el Decreto como la sumisión de la Falange y el resto de organizaciones políticas a los militares y al Generalísimo. Hedilla entendía que la medida era necesaria para ganar la guerra pero buscó preservar en lo posible la identidad de FE de las JONS, así como desmentir a los «legitimistas», reunidos en torno



XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

a Pilar Primo de Rivera, que le acusaban de entregar la obra de José Antonio al Caudillo. Con menos respeto algunos azules se mueven por su cuenta. José Sainz, jefe territorial de Castilla la Nueva, previno a los mandos de la situación sin autorización de Hedilla, por un telegrama no cifrado que no se consideró subversivo hasta que Hedilla se negó a aceptar un cargo en FET. José Luis Arrese viajó por iniciativa propia, pagando el viaje de su bolsillo, para sondear la opinión de los falangistas andaluces, que estaban de forma mayoritaria por la unificación, con notables y reducidas excepciones como Narciso Perales y Patricio González de Canales. Pasaba algo parecido entre los militantes de Aragón y Valladolid. Advertido de los sucesos, el coronel Yagüe se presentó en Salamanca en su condición de falangista y Franco le ordenó volver al frente de forma inmediata como su jefe militar. «Como medida de precaución, casi todos los dirigentes falangistas importantes fueron detenidos durante algunos días por la Guardia Civil o la Policía Militar. La mayoría de ellos fueron puestos en libertad rápidamente, pero a los más conocidos por la intransigencia en sus convicciones se les aconsejó ir al frente y que permanecieran en él hasta el final de la guerra» (Payne 1965).

A las cuarenta y ocho horas de la difusión del Decreto de Unificación aflúan al despacho del Caudillo mensajes de adhesión de muchos falangistas y tradicionalistas; pocos pensaban rebelarse. La guerra era lo primero. «La noticia de la unificación fue acogida con verdadera satisfacción en el campo nacionalista. Aparte del grupito que pululaba por el Gran Hotel, de Salamanca, en aquellos meses la gente sentía una gran indiferencia por la política» (Payne 1965). La Unificación dejó al descubierto la debilidad política de los partidos del Alzamiento. En Salamanca, los falangistas se vieron rebasados por los acontecimientos. La unificación, dice Payne, citando a Serrano Suñer, «fue, en rigor, un acto unilateral de Franco, aun cuando no faltaron algunas negociaciones previas con elementos de los partidos interesados, cuyos representantes más destacados quedaron notificados de las intenciones del Cuartel General; éste, sin embargo, no se decidió a dar el paso de la unificación que laboriosamente iba gestando, sino en virtud de los sucesos que se produjeron en Salamanca en los primeros días de abril».

El 22 de abril de 1937 nombró Franco la Junta Política de FET, con Hedilla al frente. Franco hizo arrestar a los enemigos de Hedilla. Ese día Agustín Aznar fue apresado por la Guardia Civil. Entre los carlistas se opusieron a la unificación el pretendiente don Javier y Fal Conde. Éste fue a un breve exilio hasta el 11 de agosto, mientras Zamanillo marchó al frente como meses después lo haría Narciso Perales.

La nueva figura emergente era Serrano Suñer y para llevar adelante sus planes necesitaba el partido que mandaba Hedilla. Superando los enfrentamientos recientes, Hedilla visitó a Aznar en la cárcel. El médico falangista le incitó a oponerse a Franco advirtiéndole que sus milicias pelearían a tiros contra el Cuartel General si consentía la Unificación. A pesar de este radicalismo, Aznar aceptó, poco después, el cargo de asesor de Milicias en el nuevo partido unificado. Hedilla tenía en su cabeza las palabras de la hermana del